

El privado sexo público

*Víctor Ortiz Aguirre**

ALGUIEN EXCAVA A PROFUNDIDAD en su nariz mientras el semáforo está en rojo. Otro lo ve; el primero se siente descubierto y, con vergüenza disimulada, mira hacia otra parte urgido de luz verde.

Pequeños actos, pequeños deslices de lo íntimo involuntariamente hecho público. Dos esferas de bordes fluctuantes, cuyos contenidos, aquellos que sabemos “todos hacen”, no nos dejan tan mal si se intercambian de una esfera a la otra. No así con aquellos contenidos que sentimos en el centro de lo privado o que nos “diferencian absolutamente” de otros; esos son privados y resultan imperdonables en lo público.

Pero entonces, ¿qué formas adquieren las cambiantes distancias entre lo público y lo privado?, ¿con qué cercanías y traslapamientos se con-funden?, ¿cuál es la relación entre lo privado y la mismidad (remisión a lo yoico); y ¿cuál entre lo público y la otredad? ¿Son lo público y lo privado algo único o realmente se trata de dos cosas diferentes? Tomemos la sexualidad para explorar estas preguntas.

A raíz de la aparición del Sida, trabajadoras sexuales, personas con opciones sexuales diferentes a la llamada “heterosexualidad”, personas que usan sustancias inyectables “ilegales”, personas que rompen sus promesas de fidelidad y monogamia, etcétera, irrumpieron las mesas de discusión, los trabajos de investigación y hasta las sesiones de legisladores. Mucho de lo privado tuvo que volverse público. Y aunque alguien no lo quisiera así, la evidencia de su seropositividad obligó a esta suerte de prostitución,¹ de manoseo, de exhibición, y a las consecuencias de la violación de la confidencialidad.

* Coordinador de la Licenciatura en Psicología, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

¹ Etimológicamente: “mostrar tal cual es”.

Más allá de las encuestas epidemiológicas donde, en un inicio, se pedía a los usuarios de los servicios de detección del VIH² explicitaran a detalle sus prácticas sexuales, sus secreciones, sus frecuencias y posturas, etcétera, más allá de las denuncias por el frecuente mal uso de esta información, otro fenómeno empezó a surgir, mismo que se cristalizó en los llamados *reality shows* exhibición permanente de otro bajo el escrutinio visual de tiempo completo de quien lo mira. Mirada disimétrica que busca mirar sin ser vista: espiar para obligar al otro a expiar. Pero ese otro que es mirado sólo expía la culpa de quien lo mira. Discurso visual del Amo: panóptico infinito de la resurrección, donde el sujeto se encuentra perdido en un laberinto de espejos y cristales y, a cada paso, encuentra en su muerte y renacimiento la angustia de vivir.

Asistimos a la aparición de un sujeto *vouyerista*, obsesionado por verlo *todo*, pulsión escóptica desbordada, cuya mirada intrusiva no es tanto la del panóptico que desea ejercer el poder a través de controlar al otro, sino sobre todo ejercer el poder a través de “invadir” al otro hasta en sus más mínimos repliegues.

Seis son los espacios que contempla esta reflexión:³ el cuarto oscuro, el vagón feliz, el *table dance*, el *hot show*, el sexo entre varones y el cibersexo.

El *cuarto oscuro*⁴ surgió en las fiestas *Rave*⁵ aparecidas en Londres a finales de los ochenta, luego llevadas a Estados Unidos, finalmente llegan a México como una “novedosa” manera masiva de encontrarse. Rodeadas de *smart drinks*, “éxtasis” o “tachas” y otras “drogas” (nuevas combinaciones de vitaminas, anfetaminas, etcétera, que provocan alteraciones eufóricas reales y míticas —agrandadas por el contexto), las

² Las encuestas aplicadas por Conasida para realizar la prueba de detección del VIH (virus de inmunodeficiencia humana, causante del Sida), en un principio (finales de los ochenta) tenían más de 300 preguntas.

³ Producto de 15 años en que he investigado y trabajado en el campo del Sida, el comercio sexual y la sexualidad.

⁴ Al respecto: Omar Feliciano Mendoza se tituló en 1998, en la licenciatura en Psicología en la UAM-Xochimilco, con un espléndido análisis sexo-político sobre el Sida y la comunidad gay en los cuartos oscuros. La tesis tiene el sugerente nombre de “El deseo en las sombras”.

⁵ Que se puede traducir como “lo último, la moda” “una fiesta animadísima”, pero también como “delirio, desvarío”, la palabra evoca llegar a los límites del furor, exacerbar, perder límites.

fiestas *rave* se suelen realizar en espacios inusuales: cavernas, sótanos abandonados, etcétera.

En un momento dado, la luz se apaga en algún sector o en todo el espacio; se suele anunciar el tiempo del que se dispondrá, y la masa entra en contacto físico que puede ir desde roces hasta relaciones sexuales penetrativas. Anulación del género y de la idea de “pareja”, encuentro de seres que buscan y buscan.

El cuarto oscuro se independizó de las fiestas *Rave* y adquirió vida propia en diferentes capitales del mundo. En la Ciudad de México aparecieron diversas versiones: desde un rincón o pasillo en la discoteca (generalmente discotecas para hombres que tienen sexo con hombres),⁶ hasta locales especializados solamente en ese concepto: edificios enteros, laberínticos, con innumerables “ambientes” y escenografías, gradación que va desde la absoluta oscuridad a la penumbra, salas con televisión donde se proyectan películas porno, sótanos, azoteas. Funcionando las 24 horas del día, permiten que los usuarios (son exclusivos para varones) puedan incluso pasar dentro una semana entera y salir sólo para comer.

En el cuarto oscuro el otro se transforma en penumbra, silueta apenas dibujada en la cual proyectar la propia fantasía. El otro no es el otro, sino “mi otro”, el que llevo dentro y busco afuera so pretexto de otro externo. Acaso reflejo de una realidad cotidiana, en el cuarto oscuro se materializa la inmaterialidad de ese otro interno, y la opacidad de otro real se intensifica en un “apenas”; el otro es a-penas.

Las caricias, besos e incluso relaciones sexuales son con una otredad anónima, que puede ser uno o más. El anonimato de esa otredad permite anular por un tiempo la propia identidad. Ahí nadie es nadie, solamente el juego pulsional, la búsqueda del hiperfalo. Infancia que juega a esconder(se) (de) su propia sexualidad, y más cuando el otro tiene el mismo sexo de quien busca y es buscado a su vez. Sexo-cacería.

No importa cómo se asuma cada quién, no se habla... acaso se susurran monosílabos. Importa la fantasía de dar rienda suelta a la pulsión en el laberinto de los apartados y recovecos de un espacio que es proyección de una subjetividad. No decir y ser aparte,⁷ componentes que junto con

⁶ En lo sucesivo: HSH.

⁷ Ideas sugeridas por Didier Eribon (1999), en *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Anagrama, Barcelona, 2001.

la injuria, constituyen la base de la subjetividad gay, son actualizados en el cuarto oscuro.

Si el yo es otros, y en el cuarto oscuro el otro no es sino mero cuerpo-silueta donde proyectar el propio gozo, el yo sólo es un fragmento frente a un otro que sólo es un fragmento. Hay un acto, pero no una relación. ¿Pero acaso no sucede lo mismo fuera de esa oscuridad? ¿Acaso la luz del lenguaje no deslumbra y produce el espejismo de otro completo, que permite la fantasía de un yo completo, cuando, al igual que en la oscuridad de un cuarto, el sujeto se juega entre el fragmento y lo fractal?⁸

Vagón feliz se llama una escena subterránea que sucede en el Metro de la Ciudad de México, donde en las horas pico en determinadas estaciones y sectores de los andenes, resulta casi imposible pasar: están llenas de varones, en su mayoría, jóvenes. El vagón feliz se llena de varones que tendrán diversos intercambios sexuales con otros varones en el trayecto de una estación a otra. Pareciera el lugar de entrenamiento para el coito interrumpido, pues al llegar a la siguiente estación, el orden habitual del Metro se reestablece... para continuar el *otro orden* en el próximo túnel.

Si algún varón asumido como “heterosexual” tiene el tino de meterse al vagón feliz en sus horas de funcionamiento, no le queda más que desviar la mirada, como si no mirara nada. Inversión de marginaciones: ahora él es el extraño en un medio donde “todo el mundo” está en otra práctica. Otra forma de la mirada disimétrica: acá no se busca mirar sin ser visto, sino no mirar como forma de mirar: el disimulo. Fingir que al no ver no se es testigo ni se está presente; fingir que, al no ver, la propia heterosexualidad no será amenazada, ya sea por los propios núcleos homosexuales o por defender la virilidad de todos los machos de la especie (que a fin de cuentas, resulta lo mismo).

Si en el cuarto oscuro la otredad es apenas una sombra, un esbozo de contornos indefinidos, en el vagón feliz tiene un rostro, pero tampoco se habla. Y en ambos espacios, “luego de lo sucedido”, la mirada no

⁸ Fractal: Fís. y Mat. Dícese de figuras geométricas virtuales, formadas por un número infinito de elementos, infinitamente pequeños, contenidos en una superficie finita. Se pueden representar con la ayuda de ordenadores, siguiendo determinados algoritmos. Así llega a ponerse de manifiesto la regularidad oculta de modelos de fenómenos naturales que aparentemente son desordenados. *Diccionario de la Lengua Española*, Real Academia Española, Madrid, 1992.

reconoce más: nadie se mira y sólo extraordinariamente se entabla alguna conversación para prolongar el encuentro o irse a un sitio “privado” a continuarlo. Usualmente se finge no conocer al otro: el compromiso con el anonimato es mutuo, colectivo.

El goce está disperso entre todos; especie de orgía tribal a ritmo de la urbe. Al igual que en el cuarto oscuro, hay un acto, pero no una relación. La práctica sexual, antes realizada en lo privado, y más entre varones, al hacerla en público se la disimula justo por el anonimato y el silencio: es como si no existiera, y como si ese “como si...” la llevara al campo de lo neutro (Blanchot).

Table dance es un concepto de bar con *strep tease*, donde las bailarinas (con frecuencia también trabajadoras sexuales), a principios de los noventa ejecutaban su danza en una pasarela con una hilera de tubos metálicos, que a manera de columnas fállicas facilitaban la significación sexual de sus movimientos. El concepto fue cambiando hasta llegar a ser la actual relación penetrativa en público. Un cliente de trabajadora sexual habitualmente paga para ir a un cuarto de hotel o salón de masajes, donde en privado se realiza el intercambio. Un cliente de *table dance* puede realizar en público todo aquello por lo que pague; incluso relaciones penetrativas, a ojos vistas del resto de parroquianos.

Si el cliente que acude a lo privado lo hace para bajar un poco la presión neurótica y confirmar su virilidad al no exponerla (pues un cliente no acude con una trabajadora sexual para “satisfacer a una mujer” sino para eyacular cuando quiera o pueda, sin que su virilidad se vea amenazada como cuando “tiene que satisfacer a su pareja para evitar que lo sanche”),⁹ el cliente del *table dance* acude para alardear de su virilidad frente a otros varones. Experimentar el goce en él y en un “yo público”.

La relación sexual entre hombre y mujer, sancionada para realizarse en el dormitorio, en la cama y a oscuras, pasó a ser buscada en otros espacios del hogar como consecuencia del afán contemporáneo de tener un sexo “más divertido”, “enriquecer la vida sexual”, “romper el aburrimiento” e ideas parecidas que sugieren en el fondo la crisis de cuerpos, sujeto, vínculo, roles genéricos y sexualidad.

⁹ Expresión usada en el argot “macho” para referirse al hipotético amante de su pareja estable (en la mayoría de los casos, su esposa). Al paso del tiempo, el “Sancho” se transformó en verbo.

Esas ideas tuvieron resultados en la vida cotidiana: mezcla de los logros de la lucha feminista, los estudios sobre la sexualidad y su manoseo en los medios masivos; resultados que no hicieron sino cambiar las rutinas por otras rutinas en otros espacios. Pero el *table dances* sacó del cuarto de “hotel de paso” y de la habitación conyugal el encuentro entre dos sexos.

Lo privado, ahora a la luz pública, para beneplácito de quien paga; sugerencia, envidia o admiración de quien mira; y ganancia de la trabajadora sexual. Al igual que en las escenas anteriores, hay un acto pero no una relación. De hecho, entre las trabajadoras sexuales existe una tendencia que rechaza el concepto de *table dance*, sobre todo las más experimentadas; pues les parece que “se vende todo a la primera provocación”. Para estos segmentos de población resulta demasiado violenta la exposición pública y plantean que lo siguiente será “quedar desolladas en manos del cliente”, señalando una suerte de riesgo de agotamiento de las posibilidades de fantasía en que una trabajadora sexual basa su oferta.¹⁰

Siglos de civilización actualizados en una escena donde, como siempre, sexo y muerte se toman de la mano. Pasión y pulsión al extremo, agonía y éxtasis, el “hipersexo” de las formas contemporáneas desbarrancándose en el desollamiento y la tortura. El sadismo del Amo expresa su discurso en los actos corporales de los sujetos.

El *hot show* aparece como derivación del *streep-tease* que, a diferencia de los orígenes del *table dance* en los bares, se realizaba en el burlesque o teatro especializado en espectáculos donde las bailarinas se desnudaban. En la década de los noventa se integró en el mundo (al parecer inició en Tailandia) y en México la presencia de bailarines que terminaban simulando una relación coital con las bailarinas. La promoción tailandesa del espectáculo no sólo era la relación coital en público, sino su duración: el goce de ver a una pareja durante 3 horas.

Paulatinamente el concepto se amplió en México para permitir que el público, siempre varones, subiera al escenario a representar la escena.

¹⁰ Al respecto, “La prostituta: ¿metáfora de la mujer?”, tesis con la que obtuve el grado de maestría en la UAM-Xochimilco (1996), describe y analiza, entre muchos componentes, la relación de las trabajadoras sexuales con sus cuerpos, los de los clientes y la acción clave de la fantasía en el cuarto de hotel, relación que el *table dance* alteró totalmente. La fantasía ya no es un *plus* que nunca se alcanzará, sino ese estigma que rodea a la trabajadora sexual, con la que “se puede hacer de todo” y en el *table dance* se lo realiza.

De un varón se pasó a varios, llevando la escena a la fantasía de las relaciones múltiples: la orgía.

Tanto en el *table dance* como en el *hot show*, a diferencia de los espacios para HSH, no sólo se permite la palabra, sino el grito: todo el lenguaje “macho” que sanciona a la mujer, a las secreciones y partes corporales, las posturas, etcétera, como algo execrable para dominar y desechar. Expresión de la relación entre sexo y violencia, entre géneros. Reafirmación de lo macho y su predominio. En tanto que heredero, en el caso mexicano, del ambiente del burlesque, que siempre implica la burla, los varones que suben al escenario entran en el blanco de los gritos, se vuelven parte del burlesque, estableciendo un diálogo a gritos que responde a los albrures del público. El goce está en el ambiente; hay un acto y un simulacro de una relación, aunque a veces también hay un coito real.

En cuanto a los hombres que tienen sexo con hombres (HSH), en las últimas décadas del siglo pasado se produjeron muy diversos estudios dado que fue uno de los grupos que el Sida puso de inmediato en lo público, si bien este tipo de relaciones y las escenas a que dan origen son muy anteriores a la aparición de la pandemia. En este escrito no repetiremos mucho de lo que se ha dicho, sino más bien el intento es aportar algunos elementos poco discutidos.

Hubo un doble efecto de reforzamiento: por una parte los estigmas previos contra las relaciones entre personas del mismo sexo adquirieron renovadas “justificaciones”, pero también se empoderaron aún más los esfuerzos de diversas organizaciones en defensa de los derechos de esta población. Incluso hasta los *Gay and lesbian studies* irrumpieron diversos campos de trabajo (como el psicoanalítico y el de género)¹¹ aportando una mirada crítica sobre la “naturalidad” con que se mira lo “heterosexual”, las relaciones genéricas, etcétera.

Pero qué podría implicar que las relaciones HSH pasaran abiertamente a lo público no sólo, como ya se vio, en el *dark room* o el vagón feliz, sino en las calles de las urbes, donde cada vez son más frecuentes y menos

¹¹ La revista *Litoral* (núms. 27 y 30) ha publicado algunos interesantes artículos que desde la perspectiva lacaniana aportan muchos elementos. También Leo Bersani en *¿El recto es una tumba?*, Marina Castañeda con *La experiencia homosexual*, y Navarro y Stimpson en *Sexualidad, género y roles sexuales* ofrecen un panorama desde el género.

mal vistas las demostraciones afectivas de parejas del mismo sexo (creciente tolerancia que coexiste aún con los crímenes por homofobia y demás formas de violencia contra lo “diferente”). Pareciera un índice de la falocratización social: tolerancia que asumen veladamente la búsqueda fálica de todo sujeto contemporáneo.

En aras de repetir el modelo de pareja heterosexual, con mucha frecuencia, las relaciones de pareja entre personas del mismo sexo encuentran una serie de dificultades para reproducir el modelo. La simulación de roles “heterosexuales”, de patrones afectivos, de motivos en torno a los cuales bordar discusiones y problemáticas, etcétera, con mucha frecuencia repiten el contemporáneo motivo fundamental de las relaciones de pareja en general: la des-ilusión.

Que las relaciones HSH se estén filtrando hacia lo público está sirviendo para la “comprobación social” del prejuicio de que son relaciones destinadas al fracaso (por la “imposibilidad reproductiva”, valor aún vigente de la función “familia”).¹²

Otro fenómeno cercano a las relaciones HSH es el desdibujamiento (¿redibujamiento?) de las relaciones entre los jóvenes. Los antiguos patrones de “hombre y mujer” tienden a desfigurarse y ahora es más fácil que entre ellos haya encuentros sexuales donde el género pareciera no ser lo más importante, sino la casualidad; permitirse un encuentro sexual sin trascendencia con cualquier otredad, so pretexto de estar bajo el efecto de alguna substancia y sin que por ello su identidad sexual deba redefinirse en alguna otra dirección. Pareciera que la identidad sexual previa también hubiera cambiado sus contornos.

En cada caso, el patrón se repite: hay un acto pero no hay relación.

El *cibersexo* nos lleva a una sexualidad reducida a sobar un tapete con un *mouse*. Se mira en la pantalla otro que hace lo que hizo cuando se realizó una videograbación, o que hace lo ordenado por el *software*, o que hace lo que se le pida cuando es en vivo y cobra, o que hace lo que se le pida en un virtual encuentro “chatero” facilitado por las videocámaras ahora comprables en el mercado.

Si en un cuarto oscuro el otro está desdibujado, y en un vagón feliz guarda su identidad, mientras que en un *table dance* permite la exhibición

¹² Baste con recordar los trasfondos de la discusión sobre las “Sociedades de convivencia” que reconocerían legalmente la unión de dos personas del mismo sexo.

de quien paga, en el cibersexo todo puede suceder, porque ya no hay otro. Ningún cuerpo con su peso ni sus olores, ninguna piel más que la propia en el teclado, ningún esfuerzo por tolerar porque basta cerrar el programa y ese otro que se veía vuelve a lo que nunca fue: jamás existió más que como imagen, cúmulo de píxeles.

En la pantalla se proyecta el otro que uno es, pero aséptico, decantado de cualquier riesgo, evacuado de cualquier peligro... excepto por un virus cibernético que lo más que puede costar es dinero y pérdida de información, pero no de la vida, ni de las propias identificaciones, ni del propio orden cotidiano. Un botón, un *click*, bastan para desaparecerlo.

Algo de nuestra privacidad, algo de uno de los componentes más privados, la sexualidad, se desliza hacia lo público. Un acto cuya escenografía era la intimidad cambia de significados al salir a lo público. El otro, ese con quien se buscaba acaso lo que falta, no existe más. La anulación del otro ¿es anulación del yo?, ¿o su transformación?

Cuarto oscuro, vagón feliz, *table dance* y *cibersexo*, HSH, *hot show*, espacios reales cargados de virtualidad, para que ese yo que creo ser y me harta de ser pueda ser otro, por lo menos unos minutos. Travesura conquistada ya por la cultura, nuevas formas de sancionar la sexualidad: los espacios públicos en donde ahora se lleva a cabo también tienen sus reglas, sus miradas, sus códigos, su ruta prescrita hacia el hastío.

El deslizamiento sexual de lo privado a lo público está reglamentado: no se puede hablar en voz alta, se susurra; y si se puede hablar se llega hasta el grito de obscenidades que, paradójicamente, no resulta obsceno (etimológicamente: negar la escena) sino que justo forma parte fundamental de la escena: son los parlamentos de un simulacro sádico; si el otro no quiere, no hay que insistir, a menos que haya paga de por medio; y hasta pagando hay maneras de tratar al otro: no se permite la violencia física explícita en forma de golpes;¹³ todos deben ser cómplices: afuera nadie se conoce; de estas prácticas sólo se habla con la gente de confianza o haciéndolas pasar por “lo que uno ha escuchado”.

¹³ Esto en general, pues no hay que olvidar el surgimiento de formas contemporáneas para organizar la violencia sexual, como los videos *snabs*o cierto tipo de “danzas” en algunos centros nocturnos donde la violencia sexual es el tema simulado: una especie de “Rarotonga” es conquistada a golpes por dos machos que la desean, mientras los parroquianos azuzan a gritos el dominio. Si bien la escena corresponde a un cabaret de la Ciudad de México, aún no es la moda, pero ya existe.

Pero también tiene consecuencias. La ruta que iba del roce a la caricia, al abrazo, a la relación sexual y a la relación humana, donde uno quedaba tocado por el otro, donde se inscribía mutuamente el deseo en el cuerpo otro, carece cada vez más de la relación humana.

Sexo furtivo, sin más lugar para la responsabilidad (etimológicamente: dar su respuesta) que el instante. Y no es con una mirada moral que se podría comprender qué está sucediendo al sujeto de la sexualidad en el mundo contemporáneo; mucho menos con una moral de hace dos siglos. Sino justo problematizando qué nuevos cuerpos, sexualidades y subjetividades están produciéndose, están actuando. ¿Qué nuevo retruécano aparece en la subjetividad en torno al sexo, como forma de poder, de control de masas, de válvula de escape, de negación del otro, de simulacro, de huida ante lo inminente e inexplicable de los cuerpos, de los pre-cadáveres?

Por añadidura, las posibilidades de inseminación artificial, control de la natalidad, anticoncepción, clonación, etcétera, seguramente tendrán otros efectos en nuestra relación con la sexualidad. Cada día necesitaremos menos de la relación sexual para reproducirnos. Entonces, ¿por fin serán sólo por placer? ¿cómo se resignificarán? En tanto que especie pareciera que la saturación y el hartazgo son características del momento presente, pero en un futuro clónico ¿hacia dónde dirigiremos la libido entonces?

Si el útil (Morin), las herramientas del ser humano, son indicio de su conciencia, el campo virtual está transformando sin lugar a dudas la historia humana. ¿Estamos asistiendo al funeral de un tipo de relación sexual donde uno tenía la ilusión de encontrar a un otro? ¿O la ausencia de un otro real, en la virtualidad de lo cibernético, no es más que la denuncia de la consabida imposibilidad de ese otro? ¿La primacía de lo individual amenaza la supervivencia de la especie? ¿O justo por ello, la especie está intentando una nueva estrategia de supervivencia a través de lo fractal?

Quedan muchas otras preguntas. Pero sin lugar a dudas, el sexo se está escurriendo hacia lo público y lo público se está confundiendo con lo privado en medio de una estridencia de cuerpos.

Proximidad y lejanía, lo público y lo privado se han solapado mutuamente, pero ahora esa solapa se transforma en un insistente ejercicio sexual. Deporte o pasatiempo, neurosis, pero con fragmentos de otro que es mero pretexto para la mismidad. Si lo privado remite a la

mismidad y lo público a la otredad, que el sexo abandone lo privado hacia lo público acaso sea el intento de un sujeto que deja su sexo (y su responsabilidad, su ejercicio ético) en manos de otro, desconocido, ajeno. En otras palabras: “¡por fin: un alter que no altere!” es el intento del sujeto de la sexualidad contemporánea.

Bibliografía

- Bersani, Leo (1987), *¿El recto es una tumba?*, Cuadernos de Litoral. Edelp, Argentina, 1999.
- Blanchot, Maurice (1973), *El paso (no) más allá*, Paidós, Barcelona, 1994.
- Castañeda, Marina (1999), *La experiencia homosexual*, Paidós, México.
- Castañeda, Xóchitl; Ortiz, Víctor; Allen, Bethania; García, Cecilia; Hernández, Mauricio (1996), “Sex Masks The Double Life Of Female Sexual Workers In Mexico City”, en *Culture, Medicine And Psychiatry*, núm. 20, pp. 1-19, Public Health School Revue, Harvard University.
- Eribon, Didier (1999), *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Anagrama, Barcelona, 2001.
- Feliciano Mendoza, Omar (1998), “El deseo en las sombras”, tesis de licenciatura en Psicología Social, UAM-Xochimilco, México.
- Hernández, G.; de Caso, L.E.; Ortiz, V.; Uribe, P.; del Río, C. (1995), “The Empowerment of Women and the Female Condom in Mexico”, abstract en *The HIV Infection in Women Conference*, Washington.
- Hernández, Miguel; Ortiz Aguirre, Víctor (1995), “El poder de la tradición y el temor a la autoridad. Representaciones psicosociales sobre la familia, la escuela y la guerra en el niño zamorano”, en Gabriel Muro (comp.), *Estudios michoacanos VI*, El Colegio de Michoacán, México.
- Morin, Edgar (1970), *El hombre y la muerte*, Kairós, Barcelona, 1999.
- Navarro, Marysa y Stimpson, Catherine (1999), *Sexualidad, género y roles sexuales*, FCE, Buenos Aires.
- Ortiz, Víctor (1998), “Modelo de consejería”, en *Memorias. Primera Conferencia de Cooperación Técnica Horizontal en VIH/Sida entre países de América Latina y el Caribe*, Grupo de Cooperación Técnica Horizontal, México.
- (1997), “Dinámicas utilizadas para facilitar el taller”, en *El enfoque de marco lógico*, OMS/OPS, México.

- (1994), “Intervención”, en *Memorias del taller de fortalecimiento institucional para ONG con trabajo en Sida en México*, OPS/OMS/Conasida/Usaid, México.
- (2001), “La prostituta: ¿metáfora de la mujer?”, en Isabel Jáidar (comp.), *Sexualidad: símbolos, imágenes y discursos*, UAM-Xochimilco, México.
- (1995), “¿Es posible un modelo ideal (de psicoterapia)?”, en *Memorias del encuentro nacional de personas que vivimos con VIH/Sida*, OPS/OMS/FNUD/Conasida/Insol, México.
- (1992), “En torno a la muerte”; “Eutanasia: arte o suicidio”; “Embriagados de vida”, en *Psicología y sociedad*, Revista informativa de la Facultad de Psicología, Universidad Autónoma de Querétaro, año 6, jul-dic.
- (1994), “Esquizofrenia en la vida de las trabajadoras del sexo comercial de la Ciudad de México”, en *Cuadernos de sexología*, núm. 5, Divulgación Académica de los Diplomados en Sexualidad Humana, Facultad de Filosofía, Universidad Autónoma de Querétaro.
- (1994), “Sexualidad: Imago de la vida y de la muerte”, en *Cuadernos de sexología*, núm. 6, Divulgación Académica de los Diplomados en Sexualidad Humana, Facultad de Filosofía, Universidad Autónoma de Querétaro.
- Real Academia Española (1992), *Diccionario de la lengua española*, Madrid.
- Uribe, Patricia; de Caso, Laura Elena; Ortiz, Víctor (1996), “Prostitución en México”, en Langer, Ana; Tolbert, Kathryn, *Mujer: sexualidad y salud reproductiva en México*, The Population Council/Edamex, México.
- Hernández, Griselda; del Río, Carlos; Ortiz, Víctor (1995), “Prostitución y Sida en la Ciudad de México”, *Salud Pública de México*, revista del Instituto Nacional de Salud Pública, número especial, nov-dic, vol 37, núm. 6.
- Hernández, Mauricio; Ortiz, Víctor (1995), “Prostitución”, en varios, *Mujer y Sida*, El Colegio de México.
- Varios (1999), revista *Litoral*, núm. 27, “La opacidad sexual”, Edelp, Argentina.
- (2000), revista *Litoral*, núm. 30, “Las comunidades electivas. ¿Nuevos modos de subjetivación?”, Edelp, Argentina.